

CAPÍTULO II

DEPOSITOS DEL BRONCE FINAL: ¿SAGRADO O PROFANO? ¿SAGRADO Y, A LA VEZ, PROFANO?

Marisa Ruiz-Gálvez Priego*

ABSTRACT.—The metal finds of the Late Atlantic Bronze Age in the Iberian Peninsula are found both in water – estuaries, fords or river crossings – and on dry land – at crossroads, or mountain passes. On that basis, the author suggests that their topographic location, which repeatedly occurs at points of passage, entry/exit, has both a physical and symbolic significance. From a profane point of view, to denote control of a strategic point of crossing, and from the sacred one, indicating a rite of passage.

Elsewhere in Europe something similar is revealed: the two spheres are not usually separate, but the sacred/profane association gives the geographic site the character of neutral place, as an intermediate point, which is reflected in the choice of islands, mouths, fords or mountain passes as points of exchange and also for that very reason, as places for the public enactment of rites of passage.

In this context, the Ría de Huelva finds fit into a context which is both functional and symbolic: a neutral (sacred) territory and a strategic point of access to and from the coast (profane).

This dual geographic and symbolic significance also extends to most of the gold finds, both used as grave goods and as a way of publicly conveying, in the course of a rite of passage, the control of a strategic point of entry/exit of a territory.

On the other hand, smelters' hoards, strictly profane in nature, are located in relation with neutral points of exchange.

Un repaso al inventario de aquellos depósitos del Bronce Final cuyas circunstancias de hallazgo conocemos, permite observar que éstas, lejos de resultar casuales, se producen de modo reiterado en puntos de paso, de cruce o de entrada/salida, lo que denota, a mi parecer, una doble intencionalidad prosaica y simbólica, sagrada y profana.

Así, la mayor parte de los hallazgos metálicos del Bronce Final se localizan, bien en las aguas o en tierra firme. En el primero de los casos, éstos se concentran en las zonas de estuario y en los vados o puntos de cruce de los ríos. En el segundo, en cruces de caminos o en pasos de montaña.

En simbología, los puntos de cruce o encrucijadas, aparecen ligados a la idea de "axis mundaе". Son, por tanto, lugares epifánicos donde se producen revelaciones y que están habitados por los espíritus o por los genios, cuya voluntad es preciso conciliar. Es allí, pues, donde los griegos erigían estatuas a Hermes psicopompo, mediador entre mundos y guía de las almas camino de los Infiernos, como también y por idénticos motivos, a Hécate. Y es allí donde, según la mitología japonesa, habitan los ogros que acosan al viajero y de quienes les protege el dios Jizo cuya estatua aparece, con frecuencia, en nichos excavados en la roca a lo largo de los caminos. Ello responde a la idea de peligro, misterio y aventura asociada a los viajes que exis-

* Departamento de Prehistoria. Universidad Complutense. 28040 Madrid.

te en todas las sociedades preindustriales (M. Helms 1988). La razón, según esta autora, estriba en el hecho de que éstas son sociedades cerradas, donde muy pocos se desplazan a largas distancias y por tanto, personas, lugares y experiencias geográficas distantes, son percibidas en contextos cosmológicos sobrenaturales. Esta idea tiene su mejor comprobación práctica en un interesante artículo publicado por Mayer en los años 70, en el cual se señalaba la concentración de hallazgos de la Edad del Bronce en los pasos de los Alpes, especialmente en aquellos como Lueg o Luftenstein, situados en torno a los 600 m. de altitud y que habrían sido accesibles todo el año al comercio y circulación humana prehistóricas. Ello explicaría el depósito del Pass Lueg que contenía elementos metálicos de muy diversa procedencia. Idéntica imagen mostrarían según este autor (ibidem:181), los hallazgos en zonas altas de la región alpina, todos ellos relacionados con áreas de pasto y que el autor interpreta como ofrendas a las divinidades protectoras de los pasos, sitios peligrosos donde las nieblas se alzan repentinamente y las tormentas estallan con violencia. Aunque se desconocen los nombres de las divinidades prehistóricas protectoras de los pasos, sí existe constancia de su existencia en época de La Tène y romana (Mayer 1978-9). También conocemos la existencia en España de divinidades prerromanas protectoras de los caminos que, con la romanización, se convirtieron en Lares Viales que protegían los caminos y las encrucijadas. De la pervivencia de tal culto en la Hispania Antigua, da idea el texto de Martín Dumense referido al Noroeste, en el que recomienda que no se enciendan luces en los cruces de los caminos. Textos posteriores como el ritual de Pruem del s.XII, relatan que en el Noroeste se erguían grandes cruces en el campo y en las encrucijadas. También en el Códex Calixtinus se indica que los enterramientos se realizaban en los caminos. (Blazquez 1983: 302; Bas 1989: 51-3). Este último hecho sería la razón, según Castelão, del miedo a las encrucijadas (Bas 1989: 53). También, en la tradición popular gallega, los cruces o encrucijadas tienen carácter demoníaco. Son los lugares donde se aparecen el diablo y las brujas, como asimismo, las almas de los condenados. Por eso se les cristianiza erigiendo cruces: Son los cruceros (Ibidem: 53-7; LLinares, M. 1991:83).

Los puntos de cruce son por ello también, lugares de paso, tanto físico como simbólico, en el sentido de que representan la transición de un mundo al otro, de la vida a la muerte y una frontera entre territorios como también, entre lo desierto y lo habitado, entre la naturaleza y la cultura (van Gennep 1986: 27). Y son por lo tanto, igualmente, lugares de comunicación con lo numinoso.

Ello explica por qué, para muchos grupos humanos, los puntos de paso son los lugares donde, protegidos por el anonimato, un individuo puede desembarazarse

de las fuerzas negativas o peligrosas para la comunidad. Así, los bambara de Mali, depositan en los puntos de cruce los objetos que han pertenecido a los muertos. Otros, abandonan allí a los recién nacidos no queridos o que no se pueden mantener – igual que ocurría con los expósitos de la Europa de la Edad Media – y otros, objetos considerados impuros. Por ejemplo, aquellos usados en los ritos de paso. Por idéntica razón, otros pueblos africanos depositan en los cruces basuras pero también, ofrendas, pues consideran que estos lugares tienen un poder regenerador (Chevalier & Gheerbrant 1986:446-50). De ahí su simbología funeraria que explica el que un Roldán moribundo, rompa su espada contra una roca en el paso de Roncesvalles, o que monumentos funerarios como Pozo Moro, Aliseda y el Carpio, entre otros, se emplacen en cruces de camino sirviendo así a una doble funcionalidad simbólica y práctica. Pues, como “axis mundae”, los monumentos erigidos en los cruces son punto de referencia para el viajero, pero también, el cruce simboliza el tránsito de un estado a otro. Esta misma idea parece determinar la localización de las tumbas megalíticas en la zona extremeña del curso medio del Tajo (Galán & Martín 1991-92).

Mas, los puntos de cruce tienen también un enorme valor estratégico porque articulan la circulación interior. Esto es especialmente evidente en territorios accidentados o de difíciles comunicaciones, como los Alpes o la propia España de quién, repetidamente, he señalado (Ruiz-Gálvez 1991:298; 1993:42-43; en prensa a y b), su carácter montañoso y lo dificultoso de sus comunicaciones interiores, debido a sus altitudes medias muy elevadas y a las cadenas montañosas que rodean y aíslan el corazón del país de su periferia. Por ello, históricamente, los castillos se han situado controlando y gravando el acceso por los puntos de paso privilegiados. Estos, naturalmente, no han sido siempre los mismos, sino que su importancia estratégica ha dependido de las circunstancias políticas, el flujo comercial o las facilidades de acceso y transporte a través de los mismos, que han sido variables a lo largo del tiempo. Así Mayer (1978-9:180) señalaba a propósito de la circulación a través de los Alpes en la Edad del Bronce, cómo los pasos más conocidos – el Gran y el Pequeño San Bernardo o los pasos del Tauern – al situarse entre los 2000 y los 2500 mts. de altitud, debieron resultar impracticables para el transporte prehistórico en los meses fríos del año, que son la mayoría (1) y que eso justificaría hallazgos en los pasos de Lueg y Luftenstein, a menor altura.

Esto podría explicar, a mi parecer, los reiterados hallazgos de depósitos u objetos aislados en puntos de paso que recoge el registro arqueológico del Bronce Final de la Península Ibérica, cuyo carácter y por

(1) Sobre todo si tenemos en cuenta que las temperaturas en la Edad del Bronce fueron más bajas que en la Edad del Cobre a la que pertenece el hallazgo del nombre de Similaun.

tanto, su interpretación, no son necesariamente la misma. Por ejemplo, ya señalamos Galán y yo (1991:270; Ruiz-Gálvez 1992 y 1995:56) cómo los tesoros de Sagrajas, Berzocana, Bodonal de la Sierra, Bélmez y, posiblemente Azuaga aunque la localización exacta de este último es más imprecisa, se sitúan en relación con pasos de montaña y puntos de cruce. Idéntica situación poseen otros hallazgos áureos como el del torques macizo de Portel (Reinach 1925), hallado al pie de la serra de Mendro; el de Sintra (Leite de Vasconcellos 1896) al pie de la sierra del mismo nombre; el de Penela (Cartailhac 1886), al pie de la serra de Sicó; el brazaletes de Cantonha (Cardozo 1957), en la vertiente Sur de la serra da Penha; el brazaletes de Portalegre, (Urra) (Cardozo 1959), al pie de la serra de San Mamede; el tesoro de Almoster compuesto por dos torques, (Severo 1905-8), descubierto en Boa Vista, al pie de la serra de Almoster; o del brazaletes de Fuenteungrillo (Valladolid), de reciente publicación (Delibes/Rodríguez/Santonja 1991:204 y ss.), hallado cerca de la carretera de La Mudarra a Villalba de los Alcores, en las estribaciones de los Montes del Toro. También se ha señalado en otro lugar el carácter seguramente femenino de la mayoría de estos tesoros áureos, especialmente de los torques tipo Sagrajas-Berzocana, debido a su pequeño diámetro, observación igualmente aplicable al brazaletes vallesoletano, y su coincidencia en el SO. con las representaciones femeninas en estelas (Hawkes 1971; Almagro Gorbea 1977 y 1993). De igual forma, lo excesivo de su peso y la circunstancia de que estos torques parecen agruparse como múltiplos y divisores de peso, permite interpretarlos como dotes femeninas que habrían actuado como lo que Halstead y O'Shea (1982 y 1989) denominaron "almacenamiento social". Esto es, atesoramiento de valor susceptible de ser reconvertido en épocas de crisis en bienes de primera necesidad. Una práctica que, como ya señalé en otro lugar, (Ruiz-Gálvez 1995 y en prensa a) ha sobrevivido en toda la cuenca del Mediterráneo hasta muy recientemente y que ha sido habitual en regiones españolas como La Maragatería, Zamora, La Alberca o Ibiza (véase Fernández 1992). El hallazgo de estos tesoros femeninos en puntos de paso o cruce (fig. 5), puede interpretarse como ajuar funerario pues, como vimos antes, es el lugar donde se depositan los objetos que han pertenecido a los difuntos o que, por haberse usado en ritos de paso, se consideran impuros. Bradley (1990:122), señala cómo los depósitos en tierra conteniendo objetos de carácter femenino, complementan los hallazgos de espadas en las aguas. Estas circunstancias se repiten claramente, al menos en el Suroeste de la Península Ibérica (Galán 1993). Igualmente, el hecho de que los adornos contenidos en estos depósitos estén, en su mayoría, rotos o deteriorados, lleva a este autor (Ibidem:1990:40) a interpretarlos como dotes femeninas que deben ser destruidas una vez han cumplido su función, a fin de restringir su ámbito de circu-

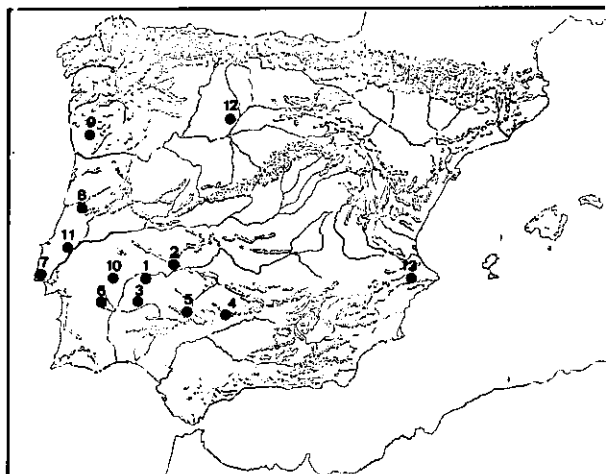


Fig. 5.—Tesoros relacionados con puntos de cruce: 1. Sagrajas; 2. Berzocana; 3. Bodonal; 4. Bélmez; 5. Azuaga; 6. Portel; 7. Sintra; 8. Penela; 9. Cantonha; 10. Portalegre; 11. Almoster; 12. Fuenteungrillo; 13. Villena.

lación y mantener su escasez y, por tanto, su alto valor de intercambio. Ello coincide con lo observado por O'Shea (1981) quien señala que la condición para el almacenamiento social es que los objetos dotados de valor social y que circulan en las esferas superiores de intercambio se mantengan escasos a fin de que, si es preciso intercambiarlos por bienes de primera necesidad, las equivalencias siempre jueguen a su favor. Creo, por tanto, que estos tesoros pueden interpretarse como ajuar funerarios, en su mayor parte, si no todos, femeninos (Ruiz-Gálvez 1995:56 y en prensa a).

Posiblemente también con una finalidad funeraria y, a la vez, de control de un punto de paso estratégico, estén relacionados los hallazgos aislados de espadas del Bronce Final en las grietas de las rocas. Su ocultación responde al mismo gesto que el enterramiento bajo tierra, como ajuar funerario, o su deposición bajo las aguas: Es un acto público de amortización de un objeto de valor social, de un símbolo de rango. Y al tiempo, su destrucción, bien física como en el gesto de Roldán, o simbólica, mediante su retirada de la circulación, responde como señalaba Rowlands (1986), a la idea de que ciertos objetos considerados "nobles", encierran el "hau" o esencia psicológica de su poseedor (Maus 1924). Pero, igualmente, como acto público en tanto que rito de paso, es la ocasión por parte de una familia o un linaje, de reclamar sus derechos exclusivos al control de un paso estratégico (Bradley 1982). El gesto de Arturo, extrayendo a Excalibur de la roca en la que estaba hincada, es, por ello, un acto público de legitimación de su ascensión al oficio regio. Como García Gual (1983:100) señala, el episodio de la espada clavada en la piedra, es frecuente en los antiguos relatos irlandeses y reaparece en los cuentos galeses y bretones.

Ello podría explicar el caso de la espada pistiliforme de San Juan del Río (Orense) (Ferro Couselo, 1971), hallada en la grieta de una roca, en el transcurso de las obras de construcción de una carretera, en las proximidades de Mouruás. El lugar se halla al pie del puerto del Alto de Cerdeira y en las inmediaciones del río Navea en su confluencia con el Sil, muy encajado en este tramo, y del paso del río por el puente que sustituye un cruce anterior por un vado (Nardiz 1993:179). Es ésta, una vía natural de comunicación que conecta, de un lado, con la depresión de Valdeorras por donde se cruza el Sil, y con la depresión del Bollo y la de El Bierzo, por otro. El puente sobre el Navea, del que se conserva una parte romana y otra medieval, formaba parte de la Vía XVIII que, entre el Puerto de Rodicio y la depresión de Valdeorras (Orense), salvaba el paso por tres ríos: el Navea, el Bibeí y el Sil, los dos primeros muy encajados, mediante puentes. La calzada romana descendía al puente sobre el Navea desde el Alto de Cerdeira (Nardiz 1993:129). Precisamente con esta ruta natural desde el Bierzo a través del curso del Sil (Nardiz 1993:345-6), está relacionada otra espada orensana, la de Forcas, descubierta en una cueva artificial en Forcas (Parada de Sil), cerca del río Mao en su confluencia con el Síl (Obermeier 1923).

El lugar del hallazgo se localiza al pie del puerto del Alto de Rodicio y forma parte de uno de los caminos medievales recogidos por Elisa Ferreira (1988: 223), el cual cruzaba el Mao por un puente, hoy en ruinas. Esta misma autora (Ibidem:28 y 30) señala que el topónimo "parada", muy frecuente en Galicia, deriva de "mansio parata", lugar donde se cobraba el impuesto de cruce por vías y puentes. Asimismo, que el topónimo "furca", "forca", "furco", significa bifurcación y se refiere al cruce de caminos. También con este topónimo parece relacionado "horca", pues ésta se emplazaba habitualmente en el cruce de los caminos. La razón, como en el caso de las picotas, igualmente emplazadas en los cruces, era que el condenado no sólo sufría un castigo físico, sino también moral, pues el emplazamiento, extramuros y en el limes, del lugar del suplicio implicaba un rito de desagregación por el que el reo era, simbólicamente, separado de la comunidad.

Idéntica explicación tienen, probablemente, la espada campaniforme de Pinhal do Melos (Viseu, Portugal), hallada incrustada en una roca en la finca Quinta das Relvas, en el término de Fornos de Algodres, en las estribaciones septentrionales de la serra da Estrela. Este es un camino natural que en época romana originará una vía que por Guarda rodeaba la serra de la Estrela por el lado Norte y bordeando Celorico da Beira y Fornos de Algodres, descendía hacia Mangualde y enlazaba con la vía que atravesaba transversalmente la serra da Estrela desde Idanha-a-Velha (Alarção 1990:379). Y la pistiliforme de Vilar Maior (con Sabujal, Portugal), descubierta en un desmonte de tierras junto al monte O Castelo en el distrito de Guarda, y la argárica de Castelo Bom

(Sabujal) (Castro Nunes/Vasco Rodrigues 1957), descubierta en una cantera. Ambas se sitúan en pasos al pie de la sierra de Malcata que comunica la sierra de Gata, en España, con la de Estrela en Portugal. E, igualmente, la argárica de Puertollano (Ciudad Real) (Siret 1913), y el "depósito" de Sobrefox (Almagro 1940). La primera fue descubierta en el cercano cerro de San Sebastián, situado inmediatamente al Norte de la ciudad. Su hallazgo cobra sentido a la luz de la información que sobre el sitio nos proporciona Madoz (1848: Tº XII), según el cual Puertollano se levanta *en la parada de un puerto que hacen dos encumbradas sierras*. Estas son las de Calatrava al Este y del Torozo, al Oeste.

En cuanto al conjunto de Sobrefox, formado por una espada del Bronce Final II, una punta de lanza y, al parecer, un puñal de antenas, fue descubierta a finales del siglo pasado en el pueblo de Sobrefox, al excavar-se los cimientos de una casa. El lugar de Sobrefox se halla en el Camino Real que, por el puerto de la Ventaniella, comunicaba Asturias con el Norte de León (Madoz 1849:Tº XIV pág. 418). Y también del puñal de antenas de Penácaros (Asturias), (Maya 1975), descubierta en la ladera del monte Penácaros, entre Reguerón y las Teixeiras, entre los kms 3 y 4 de la carretera de Boal a Villanueva, en las estribaciones de la sierra de la Bobia. O el puñal "en lengua de carpa" de Cabañas de Juarros (Burgos), (Velasco 1954), encontrado al pie del Alto de la Cuerda, en las estribaciones de la sierra de la Demanda, entre otros muchos ejemplos (fig. 6).

Pero los puntos de cruce poseen también un carácter político neutral. Por eso, muchos arcos romanos representan un rito de paso, bien funerario como el de Cápera, bien de transición entre territorios, como los

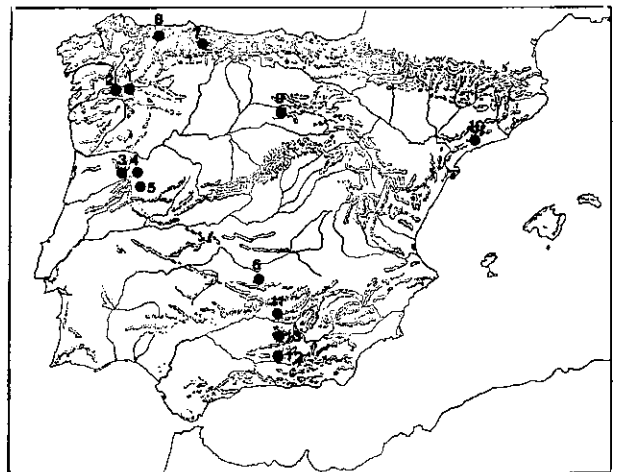


Fig. 6.—Hallazgos de espadas en tierra firme relacionados con puntos de cruce: 1. San Juan del Río; 2. Forcás; 3. Vilar Maior; 4. Castelo Bom; 5. Pinhal do Melos; 6. Puertollano; 7. Sobrefox; 8. Penácaros; 9. Cabañas de Juarros; 10. La Llacuna; 11. Linares; 12. Atarfe; 13. Montefrío.

de Medinaceli, el de Alcántara o el de Bará (Arce 1987). Van Gennep (1909 (1986):26-28), explicaba cómo en las sociedades preindustriales, las fronteras territoriales se hallan separadas por "marcas" o zonas neutras, especialmente señaladas en lugares de paso, caminos y encrucijadas. Estas se convierten en zonas de mercado y, también, en lugar de combate por su carácter, físico y simbólico de lugar intermedio, neutral. No es, por ello extraño, el que muchos depósitos heterogéneos, con materiales deteriorados o en bruto, se encuentren en relación con vías de paso o cruce. Es el caso de los depósitos asturianos de Gamonedo (de Blas 1980), en la estribación Norte de la sierra de Covadonga y del Puerto de Gumial, (Alto Aller) (Escortell 1973). De los burgaleses de Huerta de Arriba (Martínez 1942), encontrado en la carretera de Huerta de Arriba a Monterrubio, en el valle de Valdelaguna, entre la sierra de la Demanda y la de Neila; y el de Humada (Fernandez Manzano 1986), al pie del alto de Amaya.

De los sorianos de Beratón (Fernandez Manzano 1986), hallado en el barranco de los Reajos, al pie del Moncayo; o de Covalada (Ortego 1954), al abrir el camino forestal de Covalada a Santa Inés, al pie de la sierra de Duruelo. De los salmantinos de Peñaparda (Fernandez Manzano 1986), encontrado en el lugar de Zaoz, próximo al camino de Fuenteguinaldo, en las estribaciones de la sierra de Gata y de Linares de Riofrío (Fernandez Manzano 1986), al pie de sierra Chica. De los portugueses de Vila Coba de Perrinho (Aveiro), (Pinho Brandão 1963), hallado en Monte Crasto, al pie de la serra de Montemouro; el de Arganil (Coímbra) (Castro Nunes 1957), descubierto en la parte montañosa de Moura da Serra, en las estribaciones de serra da Estrela; el de Fieis de Deus (Obidos) (Leite de Vasconcellos 1920), al pie de la serra de

Candieiros, o el de Mação (Jalhay 1943), encontrado durante la extracción de piedra para la construcción de la carretera, a 100 m del puente de Porto de Concelho, por sólo citar algunos ejemplos (fig. 7).

Idéntica simbología y funcionalidad, a la vez sagrada y profana, tienen los hallazgos en las aguas. Así, las desembocaduras de los ríos son puntos de confluencia entre dos mundos: el río (La tierra) y el mar. Son también "bocas" en el sentido literal y simbólico y representan un punto de salida/entrada físico y funerario: por lo que simbolizan muerte y regeneración. Por ello el mito de las aguas como vehículo hacia el Hades, existe no sólo en el mundo griego, sino en otros muchos. Por ejemplo, en la mitología japonesa, una bruja esperaba en el Sanzu, el río de las Tres Vías, a las almas que iban al Infierno (van Gennep 1909 (1986):165). En la irlandesa, una hermosa hechicera conducía a las almas en su barca de vidrio, a la isla de los muertos (D'Arbois de Jubainville 1981). De la misma manera que Arturo muerto es transportado a la isla de Avalon en una barca pilotada por su hermana, la maga Morgana (Muerte del Rey Arturo). También los reyes vikingos se entierran bajo las aguas o en tumbas en forma de barco (Torbrügge 1970/71).

Torbrügge nos cuenta cómo todavía en el s. XI se conservaba en el Sur de Francia la costumbre de enterrarse bajo las aguas y cómo tanto láicos como seglares se hacían conducir, tras su muerte, a la desembocadura del Ródano para que el río transportara sus restos hasta el Hades (Ibidem:104). Y en la tradición popular gallega, las aguas son un elemento mediador donde se produce la transformación de un elemento en otro y son, asimismo, vehículo de manifestación de lo extraordinario. Por eso, las ánimas, entre otros seres fantásticos, andan o se aparecen entre las aguas (Llinares 1991:80).

De ahí el carácter intermedio y, por ello mismo, políticamente neutral de los deltas y desembocaduras. Ello y no meramente la reproducción del patrón de asentamiento en la tierra de origen (Aubert 1987:208), explicaría, a mi juicio, la localización de las más antiguas colonias fenicias en el Mediterráneo Central y Occidental. Así Sulcis, Tharros, Nora y Bithia en Cerdeña. La primera, enclavada en un islote próximo al cabo Sant'Antioco, hoy tierra firme, pero en el momento de su ocupación, en la desembocadura del río Palmas. La segunda, en el cabo San Marco, pequeña península unida a tierra firme por un istmo. Igual emplazamiento tuvo Nora, en el Capo di Pula. Y la última, Bithia, junto a la desembocadura del río Chia. Moytia en Sicilia, se emplazó en un islote frente a la costa. Utica, en la costa tunecina, se situaba en un islote en la desembocadura del Bagradas. Lixus, en la costa atlántica marroquí, en la desembocadura de la ría de Larache donde, a comienzos del Bronce Final se depositó una espada tipo Rosnøen (Ruiz-Gálvez 1983). Idéntica localización se repite en Gadir y en las

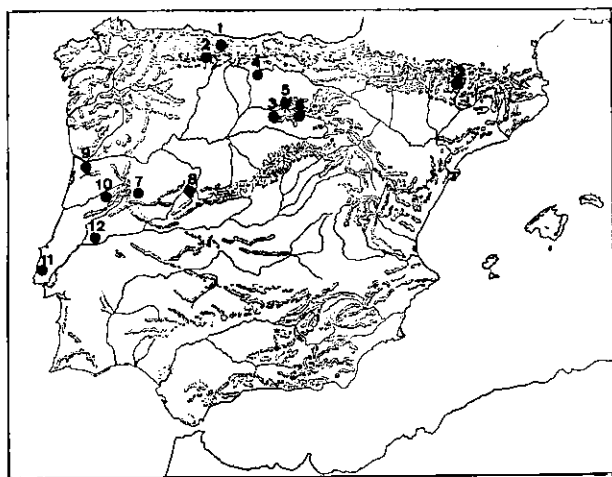


Fig. 7.—Depósitos de chatarra situados en relación a puntos de cruce. 1. Gamonedo; 2. Gumial; 3. Huerta de Arriba; 4. Humada; 5. Covalada; 6. Beratón; 7. Peñaparda; 8. Linares de Riofrío; 9. Vila Coba; 10. Arganil; 11. Fieis de Deus; 12. Mação; 13. Llavorsí.

colonias de Andalucía Oriental que, como Aubet (1987:256 y 316 y ss) indica, se emplazan en los deltas de los ríos. La razón es, en mi opinión su carácter neutral, una condición básica de un puerto de comercio (Polanyi et al. 1957(76). Esta misma situación se repetirá en puertos de comercio de época moderna. Así, cuando Japón se cerró al mundo en 1640, el shogun Toranaga concedió a los comerciantes holandeses, a quienes odiaba pero necesitaba, una base en Deshima, una isla artificial de 1 Ha. de extensión, en la bahía de Nagashaki. Y lo mismo ocurrió con Formosa y Macao en el caso del comercio portugués y después con Cantón y Hong Kong en el del comercio británico con China. La primera, una isla frente a la costa del mar de la China. La segunda es una pequeña península, casi una isla, separada de la China continental mediante una muralla con un pasadizo, denominado "La Barrera". Frente a su bahía se alza la isla de Shang-Chu-Au, antigua base comercial portuguesa y donde, en Diciembre de 1522, murió Francisco Javier esperando autorización para entrar en China. De las bases británicas las más conocidas son las ya citadas de Cantón y Honk Kong. Esta es una isla, con una excelente bahía y casi pegada al Continente. En cuanto a Cantón, se sitúa en el delta del río Si Kiang o río de las Flores. La concesión comercial extranjera se situaba en tierra firme pero extramuros de la ciudad, en un terreno entre ésta y el río conocido como "La Fábrica". Pero, de hecho, la base de los traficantes de opio se situaba en la isla de Lintín, en la bahía de Cantón, un territorio teóricamente chino pero, en la práctica, fuera de su control y, por tanto, tierra de nadie.

Del carácter políticamente neutral de las desembocaduras y de las islas situadas en ellas, es también ejemplo la isla de los Faisanes en la desembocadura del río Bidasoa, frontera entre España y Francia. Esta isla, en la actualidad lugar neutral y bajo la tutela conjunta de ambos países, ha sido escenario de importantes tratados políticos entre ambas naciones vecinas. Como el canje de Francisco I, prisionero de Carlos V tras la batalla de Pavía (1521), por sus hijos pequeños que quedaron en rehenes (1526). Un testigo presencial relata que la liberación del rey se llevó a cabo en medio del agua (García Mercadal 1952:918-19). Un intercambio de mujeres: Ana de Austria por Isabel de Borbón (1615). Y la firma del tratado de los Pirineos (1659), sellado con el matrimonio de M^a Teresa de Austria con Luis XIV, hecho recogido en un bellissimo tapiz de la época, diseñado por Charles LeBrun que hoy se conserva en la embajada francesa en Madrid.

Pero quizá el ejemplo de época prehistórica más claro y también más espectacular de lo que digo, es el yacimiento británico de Flag Fen (Cambridgeshire), en el Este de Inglaterra (fig. 8 n^o4), aún en curso de excavación, pero del que en años recientes se ha publicado una monografía y varios y variados trabajos (Pryor 1991 y 1992). El lugar se sitúa en una región pantano-

sa -Fenland-, formada a partir del Tardiglaciario como consecuencia de la subida del nivel del mar que afectó profundamente a la región, una depresión natural no suficientemente profunda como para quedar permanentemente inundada, pero sí como para dar lugar a marjales y zonas pantanosas. El sitio de Flag Fen era en el momento de su ocupación, la Edad del Bronce, una isla abierta a una bahía. Entre 1350 y 950 a.C. en datación dendrocronológica muy ajustada, se construyó una barrera de pilotes de roble alineados en dirección NO/SE desde tierra firme, en un recorrido de más de 1 km, conectando con la plataforma de madera que se erigió en medio de la isla. Asociados a la parte Sur del alineamiento de postes se excavaron restos de cerámica, brazaletes de esquisto rotos intencionadamente, y más de 300 armas y objetos de bronce, deliberadamente rotos y arrojados a las aguas. En el lado Norte, frente a donde las armas fueron arrojadas, se depositaron, siguiendo también la alineación de los postes, restos desarticulados de animales domésticos y, en menor medida, salvajes, así como restos humanos.

No conocemos, por ahora, la composición del mineral empleado en la fundición de los objetos metálicos, por lo que no sabemos su procedencia. El Este de Inglaterra no es zona productora de metal pero, como se dijo antes, no es posible saber por ahora si el metal procede de las islas o del Continente.

Tipológicamente, no obstante, los objetos de la Edad del Bronce, que son mayoritarios, corresponden a facturas locales y sólo algunos pocos podrían proceder del Continente. Se trata, en general de armas y objetos de adorno, aunque también se cuentan en el conjunto útiles de metalúrgico, lo que parece indicar la presencia en el lugar de uno o varios artesanos del metal (Coombs 1992; Pryor 1992:528).

Los miembros del proyecto Flag Fen justifican la construcción de la empalizada y la plataforma en medio del agua, así como la deposición en ella de armas y otros objetos metálicos, en la existencia de un proceso de deterioro climático, bien detectado a través de los estudios paleoambientales llevados a cabo en el sitio, que habría conducido a la inundación de los pastos circundantes, tradicionalmente explotados por las gentes de la zona desde el Neolítico. Ello habría producido una creciente tensión social y económica que habría derivado en la construcción de la empalizada y la plataforma que actuarían física y simbólicamente como barrera frente a la amenaza del agua.

Así pues, Flag Fen cumpliría una función ritual y simbólica más que práctica. No obstante y a expensas de lo que en el futuro nos pueda deparar el análisis de los bronceos, pienso que Flag Fen, sin abandonar su función ritual, pudo cumplir a la vez otra de índole práctica. Me baso en la accesibilidad del lugar desde la costa del mar del Norte y en su posición en las rutas de navegación con el Continente, especialmente, con el Rin; en la presencia de uno o varios artesanos meta-

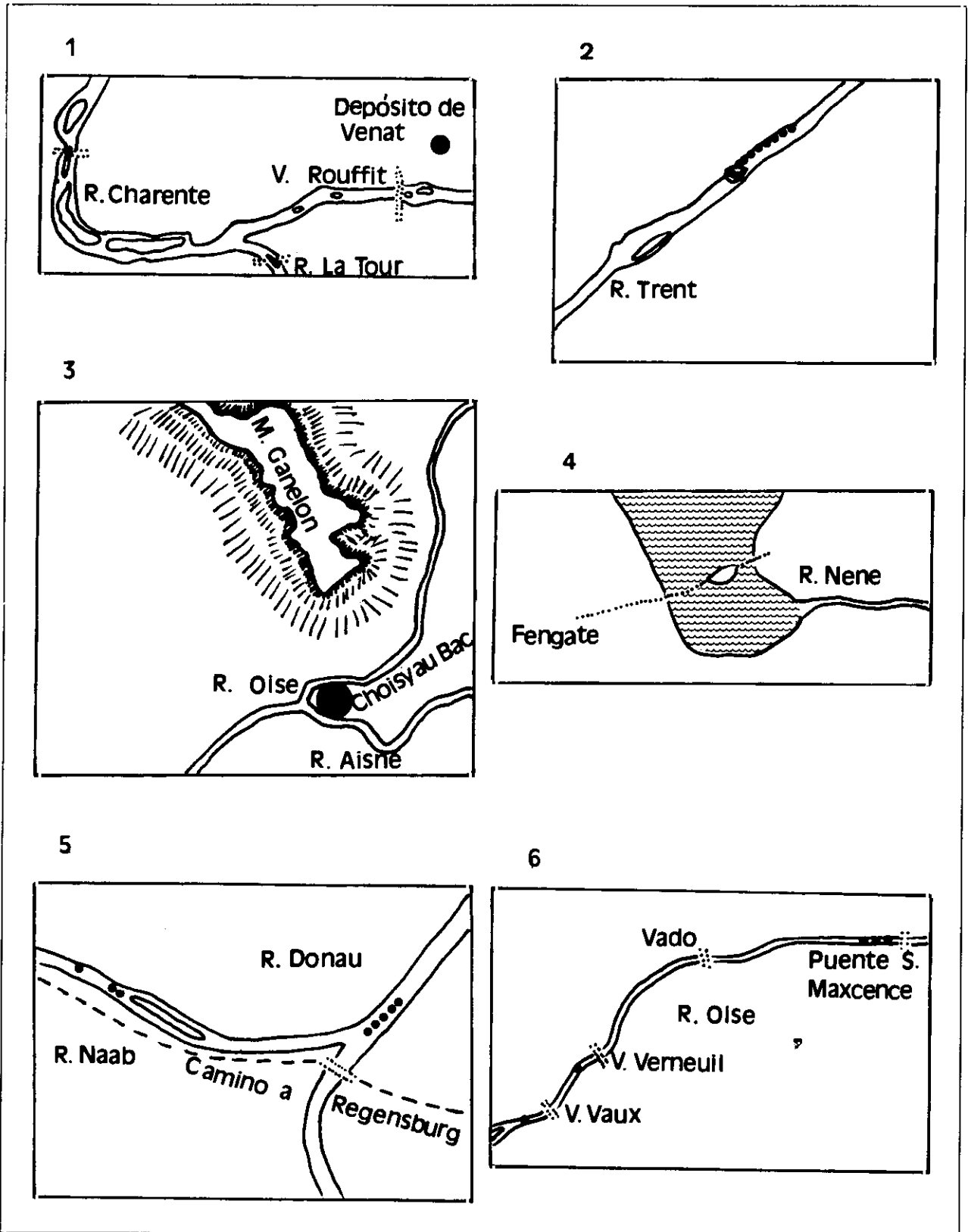


Fig. 8.—Hallazgos de metalurgia atlántica europea relacionados con vías de paso y puntos de cruce. 1. El depósito de Vénat según Coffyn et al. 1981. 2, 5 y 6. El sitio de Clifton upon Trent; Regensburg entre el Donau y el Naab; Vados sobre el Oise según Torbrügge 1970/71. 3. Choisy au Bac según Blanchet 1984. 4. Flag Fen según Pryor 1991.

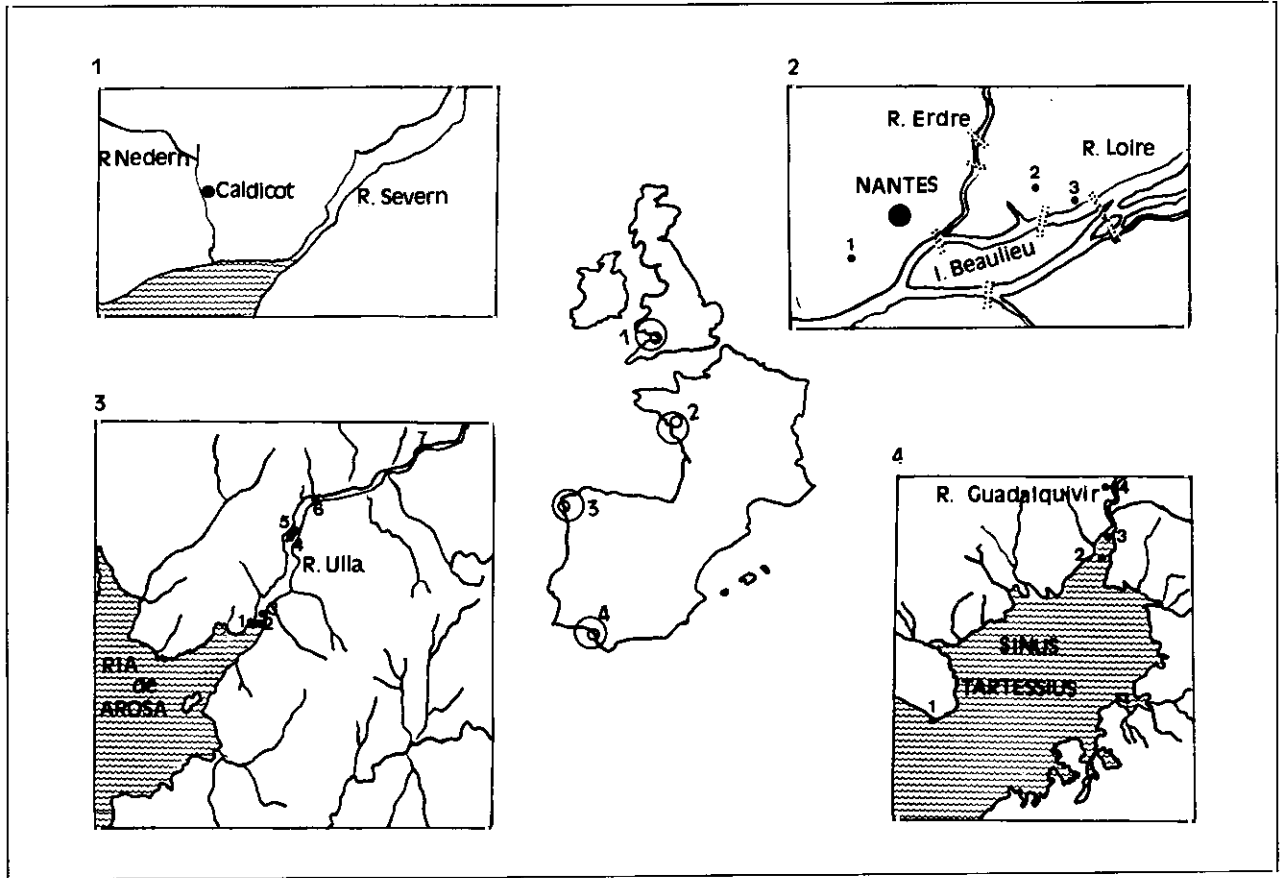


Fig. 9.—Sitios de la Edad del Bronce en la desembocadura de los ríos. 1. Caldicot según Parry & MacGrail 1991; 2. Nantes según Briard et al. 1966; 3. Hallazgos en la desembocadura del Ulla; 4. Desembocadura del río Guadalquivir.

lúrgicos en el sitio y en la gran concentración de objetos metálicos, a pesar de que no es una región productora de mineral. Pero, sobre todo, en la documentación de otros sitios, quizá no tan espectaculares como Flag Fen, pero que responden a características similares a éste aunque su interpretación parece ser más profana que sagrada.

Es el caso de Caldicot en el País de Gales (fig. 9 n°1), un yacimiento coetáneo de Flag Fen y situado en mitad de un lago accesible desde el mar por un paleo-canal. El sitio se levantaba sobre una plataforma de piedra y madera y, posiblemente, contaba con algún tipo de embarcadero o zona de amarre para embarcaciones de navegación fluvial similares a las excavadas en North Ferriby (Yorkshire), en el estuario del Humber. Este pavimento apareció asociado a las embarcaciones y MacGrail (1993:207) opina que sirvió para deslizar las barcas, de las que se documentaron arqueológicamente los restos. Además, se registraron hallazgos de artefactos, huesos de animales y otros objetos, entre ellos, pesas de telar y metalurgia tipo Wilburton. Caldicot parece explicarse en conexión, por una parte, con el tráfico marítimo por el Canal de Bristol y por otra, con el fluvial que permite

acceder al interior del país. Su papel es pues claramente práctico y prosaico. Pero, a la vez, es un limes y un lugar neutral y tiene un valor sagrado (Briggs 1991; Parry & MagGrail 1991).

Idénticas circunstancias se repiten en el sitio irlandés de Dalkey Island, en la desembocadura del río Liffey que presenta evidencias de actividades metalúrgicas "in situ" y parece haber sido un lugar neutral de intercambio no sólo en la Edad del Bronce, sino también en época altomedieval (Bradley 1984:124).

Eso explicaría posiblemente la concentración de hallazgos de espadas en las desembocaduras de otros ríos europeos. Por ejemplo, en la isla de Ré, frente a la desembocadura del Charente en la Rochelle. O la isla de Oleron, en la desembocadura del mismo río, donde se localizó un depósito de bronces y un hábitat coetáneo. O las espadas dragadas en los estuarios del Norte de Bretaña o en el del Gironda (Briard 1989: 60 y fig.4; Coffyn 1985:109). Más interesante es el caso del estuario del Loire a la altura de la actual ciudad de Nantes (fig. 9 n°2), donde se concentra la mayor parte de los hallazgos aislados de espadas del Bronce Final bretón (Briard 1989:60). La razón puede estar en el

hecho de que el estuario del Loire es la vía de acceso – y de salida – hacia los depósitos de estaño de Nantes y su entorno. Pero también porque es una importante arteria que articula la Francia Continental con la Atlántica. Así resultaría comprensible, en mi opinión, no sólo la localización de estos hallazgos en la desembocadura, a la altura de los islotes emplazados en medio del estuario, como el de Beaulieu, y en la confluencia del Loire con su afluente el Chésine. Sino asimismo, la concentración de depósitos de fundidor como Prairie des Mauves, Jardin des Plantes o Les Ecobuts (Briard 1991), cerca de Nantes, núcleo de habitación que, posiblemente se origina en el Bronce Final. Un repaso a las circunstancias de hallazgo de éstos depósitos, depara una valiosísima información.

Por ejemplo, en el caso del depósito de la Prairie (Briard et al 1966), aunque éste apareció en las aguas del río, P. de Lisle observó agudamente en 1881, que la pátina verdosa de los bronce, diferente de la marrón dorada propia de los objetos que han estado largo tiempo sumergidos, indicaba que, originariamente, el conjunto se depositó en tierra firme, aunque cerca del río y que su hallazgo en el lecho del mismo se debía a una reciente modificación de su curso que él achacó a la construcción del Canal de San Félix que separaba la isla Gloriette de la Prairie des Mauves. Esto no deja de tener su interés pues significa que el depósito se produjo en relación con el tráfico fluvial e, incluso, que islas como las mencionadas de Gloriette o Beaulieu hubieran podido controlar el tráfico por el estuario. Pero, además, otros depósitos coetáneos y formados igual que La Prairie, por piezas de desecho y de carácter heterogéneo, como los antes citados de Jardin des Plantes y Les Ecobouts aparecieron, el primero a 1 km de distancia de Jardin des Plantes y, el segundo, al O. de Nantes (Briard et al 1966). Ambos

parecen depósitos de chatarra destinados a la refundición, lo que sugiere un tráfico marítimo de esta naturaleza desde o hacia la desembocadura del Loire.

Idéntica interpretación puede aplicarse a los hallazgos producidos en la desembocadura de algunos de nuestros ríos. Por ejemplo, el río Mero (La Coruña), donde, a la altura del puente de El Burgo, último cruce del río antes de su desembocadura en la bahía de La Coruña, fue dragada una espada tipo “Monte SaIdda” (Ruiz-Gálvez 1980) (fig. 10 nº 6).

Más llamativa es sin embargo la concentración de hallazgos en la desembocadura del Ulla, el río del Noroeste que posee mayor número de hallazgos acuáticos en su curso bajo y en la propia desembocadura: 2 estoques de la transición Bronce Medio/Bronce Final; 3 espadas del Bronce Final más otra devuelta a las aguas; una punta de lanza y una espada Monte Sa Idda de la transición Bronce Final/Edad del Hierro. Esta última se halló entre las Torres del Oeste y la Isla de los Ratonos (Ruiz-Gálvez 1982; 1984:57, 111–112 y figs. 7. nº6–7 y 16 nº7; Peña 1985) (fig. 9 nº3 y fig. 10 nº1 a 5). En época romana existió un puerto fluvial en Catoira y otro posiblemente en Puenteceures (Balil et al eds 1991: 89 y 104; Naveiro 1991: 120 nota 11; 128, 137–8 y mapa 22). Es muy posible que estos puertos ya estuvieran funcionando desde la Edad del Bronce, pues es allí donde se concentran los hallazgos de armas.

El Ulla ha sido históricamente la vía principal de penetración hacia el interior de Galicia (Naveiro 1991:mapa 22). No es por ello casual que esta sea la ruta que, de acuerdo con la leyenda, siguió el apóstol Santiago cuando vino a España y por la que, tras su martirio, sus despojos fueron traídos a Iria Flavia. Y esta misma ruta de penetración es la que siguieron los normandos cuando asaltaron Santiago en el s. X. A consecuencia de estos ataques se edificaron las Torres del Oeste a la altura de Catoira, cerca de la desembocadura del río, cuya finalidad era impedir, mediante una cadena, el tráfico por su cauce. Y ello explicaría también un depósito como el de Campos (Melide) (López Cuevillas 1933), del que se ha perdido parte de los objetos que integraban el conjunto pero que, entre los conservados, posee dos hachas, una bretona y otra de rebordes, claramente extranjeras en la región y, prácticamente únicas en la Península. El depósito se sitúa en el curso alto del río Ulla, al final de la vía de penetración e influencia que marca este río y debe ser entendido como un comercio de chatarra (Ruiz-Gálvez en prensa a y b).

Es sorprendente que desembocaduras de ríos portugueses que sabemos fueron navegables en la Antigüedad y posteriormente y donde se emplazan asentamientos del Bronce Final y época castreña, como el Limia, el Cávado, el Douro, Vouga, Mondego, Tejo o Sado, carezcan de hallazgos de armas en sus aguas. Ello puede deberse bien a un modelo socioeconómico diferente (Ruiz-Gálvez 1993:62–63) o bien, a que no

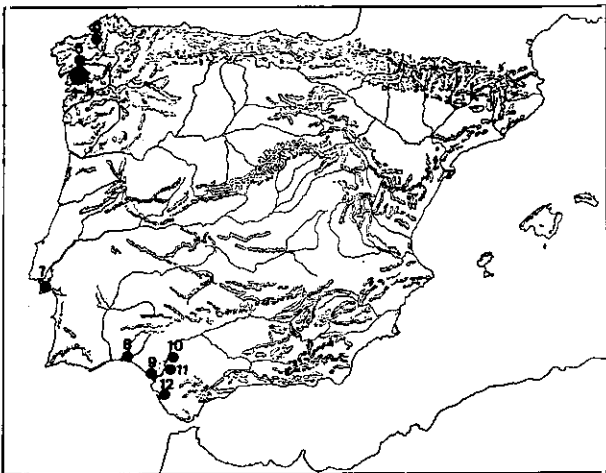


Fig. 10.—Hallazgos de espadas en las desembocaduras de los ríos peninsulares: 1–5 río Ulla; 6. río Mero; 7. río Tago; 8. ría de Huelva; 9–11. río Guadalquivir; 12. río Guadalquivir. Los números señalan los puntos de hallazgo, no el número de piezas

se han dragado sus desembocaduras. A favor de ésta última hipótesis estaría la reciente publicación del hallazgo de una espada pistiliforme en el estuario del Tajo a la altura de Cacilhas y no lejos de la actual localización de Lisboa (Coelho & Varela 1991) (fig. 10 nº7).

Y, finalmente, ello daría sentido a los dragados de espadas del curso bajo del Guadalquivir, como las de Matalascañas, Bellavista o Corta de la Cartuja (Ruiz-Gálvez 1984:127-9 y fig. 6 nº5 y 10 nº3; Ruiz 1988: fig.2 nº2). Todas ellas, por su localización en relación con la configuración paleogeográfica de la desembocadura del Guadalquivir (fig. 10 nº9 a 12), deben ser entendidas en función del control de la boca de acceso al golfo marino formado por el "Sinus tartessus" (Gavala 1992; Caro 1989: fig.2). Recientemente Arteaga (en prensa) ha cuestionado el término de "Lago" que se aplica a la desembocadura del Guadalquivir en los textos antiguos, como el poema de Rufo Festo Avieno y considera que en época tartessica era una bahía marítima que llegaría a la altura de la actual Coria del Río. Según este mismo autor, su configuración de ensenada se habría conservado en época histórica como lo mostrarían los mapas de navegación del s. XVI e. incluso, de segunda mitad del s. XVIII, aunque para entonces la ensenada se habría estrechado ya bastante, si bien todavía permitía la navegación. Todas las espadas antes mencionadas, pertenecen cronológicamente al Bronce Final y, salvo la de Bellavista, son coetáneas o inmediatamente posteriores a la Ría de Huelva y señalan los momentos en que esta vía estratégica de penetración y circulación, comenzó a ser valorada desde un punto de vista comercial. Y recuerdo al lector que en el 844, los normandos remontaron navegando el Guadalquivir y asediaron Sevilla.

Pero también, el punto de confluencia de los ríos es un lugar privilegiado para los hallazgos, pues, como en el caso de las encrucijadas o cruces de camino en tierra firme, poseen un carácter neutral. Estas circunstancias se cumplen en el sitio de Runnymede Bridge, en el curso bajo del Támesis, no lejos de Heathrow (Needham & Longley 1980). De acuerdo con la reconstrucción paleoambiental del lugar, éste era durante el Bronce Final una isla en medio del río y emplazada en el punto en que éste confluía con un afluente. Asociada a la isla se edificó un muelle a base de troncos de madera. En la isla se llevaron a cabo actividades diversas, como el trabajo del hueso, hilado y tejido, al igual que trabajo del metal. La presencia de objetos metálicos foráneos, de procedencia continental, así como la abundancia de fauna sacrificada a todo lo largo del año, señalan una ocupación permanente. Dado el pequeño tamaño de la isla es improbable que los animales consumidos procedieran del lugar, por lo que es factible, de acuerdo con Bradley (1984:123) que ésta dependiera de un asentamiento mayor situado

en tierra firme. La importancia del sitio deriva de su posición estratégica, una isla en medio del río que podría haber ofrecido tanto facilidades de ataque, como de su carácter neutral, lo que habría permitido controlar el tráfico comercial a través del río y, tal vez, cobrar por ello un peaje.

Idéntica función cumple Choisy-au-Bac, en las confluencias de los ríos Aisne y Oise, en el Norte de Francia (fig. 8 nº3), con una larga secuencia de ocupación desde la transición Bronce Final/Edad del Hierro a época de la Tène. El lugar no es estrictamente una isla, sino una península estratégicamente situada en una vía de paso, la que articula la confluencia de ambos ríos, facilitando la comunicación a través de las rutas hacia el Norte y el Este. El sitio, excavado por Blanchet (1984:423-8 y 513-4), posee cuatro fases de ocupación de la que nos interesa especialmente la primera. En esta se erigió un poblado abierto, con cuatro edificaciones rectangulares y tres hornos de fundición de bronce. Además se llevaron a cabo "in situ", trabajos de orfebrería, textiles y de producción cerámica. A partir de la segunda fase, el poblado se fortificó con foso y muralla y aparece el hierro. En todas las fases de ocupación están presentes los hornos de fundición y las actividades metalúrgicas, amén de las textiles y cerámicas.

Otro sitio que aprovecha su privilegiada posición en una vía de paso es Clifton sobre el río Trent, cerca de Nottingham (Gran Bretaña) (fig. 8 nº2). El lugar debió proporcionar facilidades de transporte a lo largo del río, pues se han hallado restos de postes de madera, tres barcas monóxilas y hallazgos desde Edad del Bronce a épocas posteriores (Torbrügge 1970-71). Idéntica explicación es aplicable al caso de Bingen am Rhein, (Alemania) que se alza en la confluencia de este río con el Nahe. Aunque hay también hallazgos en tierra firme, éstos se concentran especialmente en las aguas y, sobremanera, donde confluyen ambos ríos. Este fenómeno se repite a lo largo del Neolítico, Edad del Bronce, Campos de Urnas, Hallstatt, La Tène y época Romana Imperial, enfatizando así su continuidad como vía de comunicación y transporte privilegiada a lo largo del tiempo (Torbrugge 1970-71: Beil. 8-9). Asimismo, en la confluencia del Donau con el Naab a la altura de Regensburg (fig. 8 nº5), se producen hallazgos en las aguas desde el Neolítico a la Alta Edad Media. De la importancia de este punto en la articulación del transporte nos da idea el hecho de que, hasta 1486, el servicio de trasbordador conectó la carretera de Nürnberg a Regensburg (Torbrügge 1970-71).

Ello explicaría, también, los orígenes de París, que Mohen (1977:238; Idem 1979: 28) remonta a fines de la Edad del Bronce. Y que se explicaría por el papel estratégico de la sede de los "Parisii", como se les conoce en época de César, esto es, los habitantes de la île de la Cité, Esta se sitúa en medio del río, bifurcan-

do su curso y controlando el comercio a través de la estratégica vía de comunicación entre Borgoña al Este y Normandía, al Oeste que éste constituye. No es por ello sorprendente el que, en sus alrededores, se hayan dragado gran cantidad de armas de la Edad del Bronce.

Fuera de nuestro Continente, Kuala Lumpur, la capital de Malaysia, significa en lengua malaya *lugar donde se juntan dos ríos*.

De ahí el que sea tan importante el control de los puntos de cruce de los ríos. Por eso son enormemente frecuentes los hallazgos de armas en los vados (fig. 11), cuya finalidad simbólico/práctica es semejante a la de

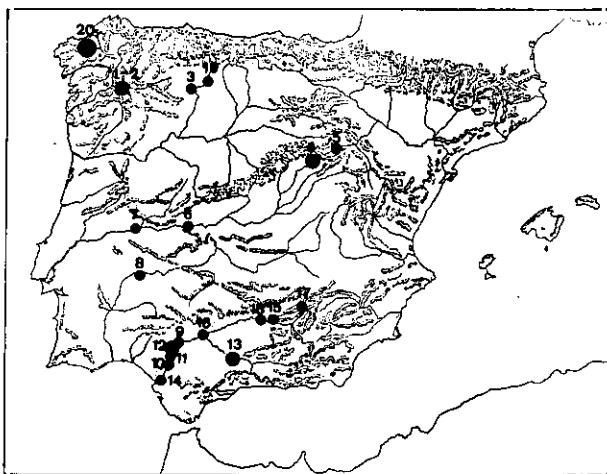


Fig. 11.—Hallazgos de armas en los vados de los ríos españoles 1-2. río Sil 3. río Urbigo 4. río Henares 5. río Alhama 6-7. río Tajo 8. río Guadiana 9-12 y 15-18. río Guadalquivir 13. río Genil 14. río Guadalete

las armas en los puertos de montaña y, en general, puntos de cruce de caminos. Como ya señalé en otro lugar (Ruiz-Gálvez en prensa a), un vado es un punto físico de cruce, pero también lo es simbólico. En simbología, el vado es sinónimo de umbral: un punto de paso entre dos mundos o dos formas de realidad (Ciriot 1969). Por ello y debido a su carácter intermedio, es también margen o frontera y posee carácter neutral. Por eso en la Edad Media, los juicios de Dios, como el que Lohengrín, caballero del Grial, libra contra el conde von Tellramund y al que, en una significativa imagen alusiva a un rito de paso, acude navegando por el río Escalda en una barca tirada por un cisne, tenían lugar en los vados de los ríos (Ver también Briard 1989:62-3). Por cierto, el Escalda ha servido tradicionalmente de limes o frontera. Lo fue en la Edad Media entre el condado de Flandes y el Ducado de Brabante. Lo fue en la Edad del Hierro entre las tribus prerromanas. Y lo fue en el Bronce Final entre la Europa Occidental o Atlántica y la Central o Continental (Warnembo 1991).

Por esa misma razón, en la Edad Media, las entrevistas de carácter político se celebraban, amén de en islas, como ya vimos, sobre puentes y vados, debido a su carácter físicamente intermedio y, por ello, neutral (Torbrügge 1970-71). Eso explica por qué nuestro Romancero recoge tantas entrevistas entre personajes políticos rivales o en guerra, que se producen en los vados de los ríos (Durán 1945:463-464 ó 491-492, por ejem.) Pero explica también, el frecuente hallazgo de armas en vados, representativos del ejercicio de un control sobre un punto de cruce, recordado públicamente en las ceremonias que acompañan los ritos de paso como los funerales y los de sucesión al oficio.

Torbrügge (1970-71: Beil. 4.2 y 4.3), recoge hallazgos de amplia cronología, desde la Edad del Bronce a época merovingia en el vado del Saona, a la altura de Anse. Ese fenómeno se produce también en Bretaña, donde Briard recoge hallazgos de espadas de la Edad del Bronce en el río Lannion, a la altura de un antiguo vado. También en el río Trieux, a la altura del vado de Plourivó, frente al que, en la Edad Media se alzó un castillo, se dragaron varias espadas de la Edad del Bronce (Briard 1989:62). Más interesante aún es la dispersión de las cinco espadas de la Edad del Bronce dragadas en el Oise, entre las ciudades de Creuil y Pont Sainte-Maxence (fig. 8 n°6), pues dos de ellas se asocian claramente a vados y las otras tres se concentran a la altura del puente de Saint-Maxence que, con toda probabilidad (Nárdiz 1993:179), reemplaza el paso por un vado.

No menos significativa es la concentración de bronces del Bronce Final III a la altura de Masserac y Brain-sur-Vilaine, donde un vado permite el cruce del río Vilaine. Briard (1991:132), señala que éste se usaba todavía en la Edad Media y que durante la Edad del Bronce pudo haber un emplazamiento que controlara el paso del vado. Y algo similar debió pasar en otros vados del SO., como los de Port Sainte-Foy, sobre el Dordoña, donde se concentran hallazgos del Bronce Final I al III, como lanzas, espadas y un asador articulado (Chevillot 1991). Y el de Roffit, sobre el Charente, a la altura de la ciudad de Angulema, donde se localiza una espada pistiliforme (Gómez 1980:fig.54,4). En 1893, a 400 m. escasos de dicho vado, unos niños que jugaban en la Prairie de Vénat, cerca del río y en un lugar donde todavía a comienzos de siglo se extraía arena aluvional (Gómez 1978), descubrieron en un recipiente de cerámica el depósito de Vénat, uno de los mayores y más emblemáticos del Bronce Final de Europa Occidental (fig. 8 n°1).

He señalado recientemente (Ruiz-Gálvez en prensa a), cómo todas las espadas del Bronce Final halladas en ríos del SO. español, están en vados. Lo mismo ocurre con las de la mitad Noroccidental (fig. 11). Como es el caso de la punta de lanza de San Esteban de Ribas de Sil y del conjunto de San Esteban de Río

Sil, en la provincia de Orense (Almagro 1954:58; Mañanes 1975). Ambos puntos que son el mismo (fig. 11 n°1-2), es uno de los pocos pasos del Sil en su curso medio, durante el cual discurre muy encajado (Nárdiz 1993:104). El paso se hacía, hasta la construcción de la presa de San Esteban, en barca (Nárdiz 1993:162 y 180; Bas 1989:79). Esa es, posiblemente también, la explicación de la leonesa de Veguellina de Órbigo (Delibes & Mañanes 1979) (fig. 11 n° 3), hallada, al parecer, en un antiguo cauce fluvial y no lejos del puente de Orbigo, escenario del Paso Honroso de D° Suero de Quiñones, cuya importancia estratégica ya fue señalada en otro lugar (Ruíz-Gálvez en prensa a). Y de las de Sigüenza y Alhama de Aragón en el Este de la Meseta (Siret 1913) (fig. 11 n° 4-5), recientemente reestudiadas por Almagro Gorbea (en prensa), quien afirma de las primeras que se hallaron al Este de dicha localidad, en dirección a Calatayud, y seguramente en el agua debido a su pátina y perfecto estado de conservación. Aunque no hay seguridad de que así fuera, porque es un hallazgo antiguo y no se conserva documentación sobre las circunstancias en que se produjo, tal posibilidad no es descartable pues, en la *Descripción y cosmografía de España* de Hernando Colón (1517 facsimil de 1988: T° II, pág. 199), se recoge el cruce del Henares por vado a la salida de Sigüenza en dirección Este. Y lo mismo ocurre de la de Alhama, asimismo considerada por Almagro Gorbea un posible hallazgo fluvial, por el color de su pátina y su estado de conservación. En esta localidad recoge igualmente Hernando Colón (Ibidem:210), el cruce del Jalón por vado, a la salida de Alhama.

Del significado e importancia extratragica de los vados da idea el que muchos hayan dado origen a ciudades, cuya razón de ser es el control y gravámen del paso por el río: *Oxford* cuyo nombre significa literalmente "vado del buey". *Straford* sobre el Avon, *Herdford*, *Ertfurt* o *Frankfurt* sobre el Main y *Frankfurt* sobre el Oder entre otros muchos ejemplos. En España también son corrientes esos topónimos, como *Vadocondes* (Burgos), *Vadofresno*, (Córdoba), *Toral de los Vados* (León)..., etc., o, en vasco, *Astigarribia* o *Ergobia* que derivan de *ibia*, vado (Barrena 1991:38). Otros, medievales, son relativos al nacimiento de una ciudad que controla y, generalmente, grava el paso por un río: *Puente la Reina*; *Alcántara*; *Puente del Arzobispo*, el *Pontón de D° Gonzalo*, rebautizado más tarde como *Puente Genil* o *Ponferrada* entre otros. Lo mismo puede decirse de *Lasarte* = espacio entre arroyos, *Zubieta*= lugar de puentes (Barrena 1991:66), *Cambridge* = puente sobre el río Cam o de *Saarbrücke* = puente sobre el Saar. Estos, como ya se señaló (Nárdiz 1993: 179), sustituyen con toda probabilidad, el cruce anterior por vado o con barcas. A esto último alude el topónimo *El Barco de Avila*.

Por ello seguramente, los vados peligrosos debían, como los puertos de montaña y encrucijadas dificulto-

sas en tierra, estar bajo la protección de una divinidad tutelar. Buen ejemplo de ello es el caso recogido por Hayen (1987:129-35) para época de La Tène en la Baja Sajonia. El autor estudia el trazado de un trackway o camino de madera que salvaba una región pantanosa pero rica en mineral de hierro. En un punto de su recorrido, éste cruzaba un vado, pero debido a lo endeble allí de la cimentación de la calzada, ésta se rompió bajo el peso de los vehículos rodados. Posteriormente, el camino se reparó y, para proteger el paso, se erigieron dos postes verticales de roble a los que se asociaron las figuras de madera de dos divinidades protectoras, masculina y femenina, ante las que se realizaron rituales de adivinación y cultos de protección.

Ello puede ser la explicación de la localización de un tesoro como el de Villena, en apariencia descontextualizado pero que pudiera no estarlo (Soler 1965). La propia ciudad de Villena, en cuyos alrededores se descubrió el tesoro, es un cruce de caminos naturales entre la Meseta, el Alto Guadalquivir y la costa (Schüle 1976; Soler 1965 y 1987; Ruiz-Gálvez 1989). Pero, además, el tesoro se encontró en la Rambla del Panadero, un curso de agua, hoy seco pero que, posiblemente no lo estuviera en el II° Milenio a.C., durante el cual la pluviosidad de la zona fue algo mayor (Cuenca & Walker 1986). El hallazgo se sitúa, además, al pie de la sierra de la Solana, claramente en un punto de cruce.

Menos fácil resulta esclarecer el carácter, sagrado o profano, de depósito de fundidor o de posesión personal del conjunto. Por una parte, las piezas rotas o a medio hacer en el conjunto, hablarían de un depósito de chatarra. Pero, por otra, la presencia de una vajilla completa para la bebida y la comida, parece señalar una posesión personal y de carácter masculino (Ruiz-Gálvez 1992 y 1993:48). En idéntico sentido hablaría el hecho de que los brazaletes parecen agruparse dentro de un sistema de peso y el que estén cortados intencionadamente, lo que señalaría su uso como medio de pago (Ruiz-Gálvez 1995) (2). Personalmente, yo me inclino por esta última posibilidad. Que se trate de la amortización ritual de la posesión personal de un difunto de alto rango.

En definitiva, los hallazgos de depósitos, tesoros y objetos aislados, reflejan una forma de marcar culturalmente un territorio, propio de grupos humanos en creciente proceso de territorialización. Su análisis es susceptible, por ello, de proporcionarnos preciosa información acerca de quienes produjeron, llevaron y depositaron tales objetos, como se tratará de mostrar a lo largo de este libro.

(2) Agradezco a Bárbara Ambruster quien ha tenido acceso al estudio del tesoro, que me confirmara lo que sólo era una intuición: el que todos los brazaletes han sido cortados.